

Introducción: Y otra cosa vi

Cinco, solo cinco: de los quinientos cincuenta hombres que en 1519 navegaron desde Cuba hacia México ninguno más queda con vida en el momento de rematar Bernal Díaz del Castillo, cinco décadas después, la historia de su vida, instalado desde hacía décadas en Guatemala. Tampoco quedan muchos más efectivos —un par de docenas— de las expediciones que siguieron a la suya, y los réditos, las ventajas, los beneficios han ido a parar a otros. Los «verdaderos conquistadores», como una y otra vez dice Bernal de sí mismos y los suyos, son hoy unos perfectos pringados, sin apenas hacienda ni tierra, sin indios, sin riqueza y sin fama. No se conoce ni el nombre de todos ellos, ni lo que hicieron o dejaron de hacer, porque los cronistas que han ido contando —o deberían haber contado— su historia *verdadera* ni los mencionan; los ignoran, los han borrado de la historia, como si de veras solo Hernán Cortés hubiera hecho el trabajo.

Pobre. Da pena el final de este hombre que ha sobrevivido a todo tipo de desventuras durante al menos dos décadas de ejercicio práctico y despiadado como conquistador, protegido por la fe y el proselitismo evangelizador. Lo mejor de todo es que es difícil cogerle manía, pese a las aniquilaciones masivas que pusieron aquellos soldados en práctica para hacerse con el poder en las tierras pobladas, pobladísimas, a las que fueron llegando las expediciones de Hernán Cortés y sus capitanes. En ellas figuró durante muchos años el Bernal Díaz veinteañero que las recapitula a la altura de su

vejez rebelde y airada, cuando andan él, y los pocos que sobreviven como él, «adeudados y escasos de hacienda, abatidos y de mal en peor, bajo el dominio de gobernadores que hacen lo que quieren», sin haber estado ahí peleando a brazo partido y jugándose la vida a diario: «Si muchos de los conquistadores no tenemos con qué sustentarnos, ¿qué harán los hijos que dejamos?». En su caso fueron más o menos una decena, repartidos entre varias madres indias, aunque el primogénito de la última fue quien se encargó de que sobreviviese una de las copias que hoy existen de esta tremenda historia de la conquista de la Nueva España, y clásico absoluto tanto de las crónicas de conquistadores como del memorialismo hispánico. Más allá del valor testimonial, hoy sigue vivo este libro sobre todo por sus múltiples virtudes literarias, empezando por la voz propia de autor.

Se publicó por primera vez varias décadas después de la muerte del soldado y luego regidor de Santiago de Guatemala en 1584, ya muy viejo, y las versiones copiadas conservadas no son idénticas, pero sí coinciden en lo esencial. La versión que tiene en las manos el lector no reproduce ninguna de ellas porque ha apostado sensatamente por una selección inteligente de capítulos —las repeticiones de pasajes en el original son múltiples e innecesarias—, pero además se ha actualizado el estilo, la lengua y la prosa sin perder ni rebajar la trepidación del original. No tiene nada de sacrilegio literario la operación, sino todo lo contrario: es un esfuerzo de adaptación a la lengua actual que facilita el acceso a la obra para el más puro e imprevisible lector de librería.

De hecho, es el don de la humildad de estilo y prosa, «según nuestro común hablar de Castilla» (como dice la copia de Guatemala), y la ausencia de la menor ínfula literaria o retórica lo que hace más pasmosa todavía la buena conciencia militante de quien arrasa pueblos enteros sin pestañear, o pestañeando lo justo para seguir quemando e incendiando sin reservas y sin reparos: «que no quedase ninguna casa que no se derribase e incendiase; y con los ladrillos de adobe y la madera de las casas que derribábamos cegábamos los pasos y las aberturas de los puentes» para llegar al corazón del reino de Moctezuma, México-Tenochtitlan. Una y otra vez recuerda

Bernal las conversaciones con los jefes mexicas, los caciques, como los llama él, para avisarlos de que el incumplimiento de sus nuevas leyes tendrá graves consecuencias. Deben dejar de reverenciar a sus ídolos, deben dejar de cumplir sacrificios rituales, deben dejar de comerse a los indios de otras comunidades y, sobre todo, deben entender que están en el error, inmersos en la barbarie, y deponer sus ídolos e idolillos y rezar a la cruz y a la imagen de la Virgen María en un nuevo altar de la verdad, que es lo que les obligan a montar cada dos por tres a los indios.

Es comprensible que Moctezuma no acabe de verlo claro del todo y conteste con toda tranquilidad a Cortés, según relata con pormenor Bernal Díaz, que hasta ahora les ha ido muy bien con los suyos, con sus ídolos, que les han hechos muchos favores y bienes y dado buenas cosechas, así que no va a acceder al relevo de buena gana, pese al miedo que le despierta la tecnología militar y la opulencia animal. Los españoles van siempre vestidos para la guerra de día y de noche, y llevan consigo herramientas inauditas como los caballos, como las armas de fuego, como los perros de guerra (dos de ellos se llamaban Leoncico y Becerrillo) y muy en particular como el temible cañón, al menos cuando la pólvora no se ha mojado o se ha terminado. La estrategia de intimidación de los castellanos funcionaba, pero casi todos sabían que solo fingidamente: los indios seguían abrasando a otros indios, seguían comiéndoselos y hasta seguían lanzando brazos y piernas de españoles capturados contra las tropas castellanas para que viesan el destino que les esperaba. Bernal Díaz del Castillo lo sabe, y lo cuenta.

Es la naturalidad impávida de la verdad católica la que impulsa el detallismo, el naturalismo y la fascinación misma del observador por cuanto descubre en cada nueva conquista de territorio. Hará bien el lector que sienta un brote de impaciencia en este o aquel capítulo en saltar al siguiente sin reservas. Encontrará sin duda un nuevo anzuelo que lo reenganche a una historia maravillosamente contada desde la buena conciencia de los conquistadores que liberan a los indios del infierno seguro, y eso le permitirá acceder a pasajes que bordean la apología incontestable de la civilización de los mexicas. Dejando a un lado la segunda Carta de relación, de Her-

nán Cortés, no existen páginas equiparables a las de la descripción de Bernal del centro de la ciudad de México-Tenochtitlan y las ciudades más pequeñas de la laguna. Metódico, ordenado, sensible y capaz: así es el relato del mercado, de la magnificencia de los palacios, del laberinto de la ciudad, del orden y las castas sociales, de sus costumbres públicas y privadas, incluidas las de Moctezuma cuando le limpian las manos unas indias a su servicio antes y después de comer tras una especie de biombo que preserva su privacidad. Este y otros detalles trasladan con inaudita vivacidad la vida cotidiana de los mexicas, también cuando guerrearán contra los españoles en defensa de sus casas, sus mujeres, sus cosechas y sus tesoros.

Las astucias, las argucias y las mañas negociadoras están descritas con la avidez del detalle y la paciencia de quien no tiene prisa por dejar por escrito lo que vio, padeció y sufrió tras sobrevivir a todo, ya muy entrado en la edad madura. La batalla en la laguna para conquistar Tenochtitlan (pero también Cholula) es espectacularmente vibrante: las calzadas que dan acceso al centro defendidas ferozmente, y ferozmente atacadas por comunidades de indios enemigas de Moctezuma y aliadas de los conquistadores (que las explotan de un modo poco menos que feudal, diríamos en Europa), los canales intervenidos por los mexicas con postes que revientan los cascos de los trece bergantines que los españoles han construido para conquistarla, la lenta urdimbre del plan para dejar desabastecida a la ciudad, sin agua ni alimentos (la idea no convence a Cortés cuando se la proponen otros capitanes castellanos, pero sí cuando lo hace un jefe indio contrario a Moctezuma), el olor insoportable de la ciudad cuando la ocupan ya derrotada, hambrienta y sucia de sangre y vísceras, hasta el extremo de que Cortés «se puso malo del hedor que le entró en las narices y tuvo dolor de cabeza en aquellos días que estuvo en Tatluclo».

No es ni la primera ni la última vez que Bernal Díaz del Castillo retrata a Cortés con un enfoque desacralizador (siempre con Francisco López de Gómara en la cabeza como intérprete violinista de Cortés). Su humanización natural procede del trato cotidiano y prolongado con él y procede también de haberle visto las mezquindades de la codicia, los repartos engañosos del botín, las brutalidades ven-

gativas contra jefes indios que no merecían el castigo de la muerte y, en particular, contra el sucesor de Moctezuma, Guatémuz (es decir, Cuathémoc) y su primo: «Estas muertes que les dieron fueron dadas muy injustamente y nos parecieron mal a todos los que veníamos en aquel viaje», pero, un poco más en particular, a él le parecieron mal «por haberles conocido como señores tan grandes, y ellos incluso me hacían honor en el camino ofreciéndome diversas cosas, en especial al darme algunos indios para traer hierba para mi caballo».

Tampoco ahorra el ridículo espantoso de las peleas entre capitanes españoles, como aquella en la que se enfrentan dos por un reparto, «de manera que vinieron a las armas y murieron todos los españoles de un bando y del otro que iban en el navío, que no quedaron vivos salvo seis o siete». Cuando los indios de Xicalango y Güeyatasta ven el lío, «fueron a por ellos y los acabaron de matar a todos, y quemaron los navíos, por lo que nunca supimos nada de ellos hasta de ahí a dos años y medio».

Estas son las precisiones y puntualizaciones que dotan de una credibilidad fuera de lo común a este hombre. Eso incluye las digresiones jugosísimas sobre él mismo, sobre otros, sobre lo bonitas que son las indias jóvenes (con las que los jefes indios intentan sobornarlos, y a menudo lo consiguen). Esa es parte de la sal que abriga un banquete de variedades que va desde la etnología (habla de las grandes pinturas que los oteadores indios usan para narrar lo que han visto a sus jefes) hasta el fresco gigantesco de las batallas a sangre y fuego (incontables) o el cabreo que pilla Cortés cuando sabe que su mujer acaba de llegar de Castilla por sorpresa y para estropearlo todo (muchos de sus soldados creen que su muerte por asma al cabo de poco tiempo es, en realidad, un envenenamiento discreto del propio Cortés).

No es nada descabellado pensar que la lectura de la *Historia General de las Indias* de Francisco López de Gómara a partir de 1553 desató el interés de Bernal Díaz por dar orden, sentido y coherencia a las notas, borradores y episodios que seguramente había empezado a escribir ya mucho antes. Hacia 1568 dice que termina una de las copias disponibles, aunque faltan muchas décadas para que el texto se publique (no habrá una primera edición hasta 1632). Del

mismo modo que a Miguel de Cervantes se le llevan todos los demonios cuando ve a sus Quijote y Sancho poblando de manera caricaturesca las páginas de una continuación de la historia que no es suya sino de un tal Avellaneda, también Bernal se puso en marcha, con la verdad de la observación y la experiencia vivida, para remediar los estropicios de Gómara. De ahí nace la furia y la paciencia para escribir esta *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (donde lo relevante es que es verdadera porque él estuvo ahí), igual que de la aparición del pobrísimo *Quijote* de Avellaneda nace la furia y la genialidad para escribir la verdadera segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, entre cuyos fines explícitos está desacreditar hasta la humillación la falsa continuación de la historia que gestó el entorno de un celoso Lope de Vega.

No se corta nada Bernal Díaz del Castillo al retratar los brotes de ira exasperada de Cortés contra sus propios compañeros y sus ínfulas crecientes de hombre redentor, pero tampoco se corta al narrar la intimidación estropeada de un hombre que pasea de noche desvelado pensando en el día siguiente, o al que, si no hace la siesta religiosamente (nunca mejor dicho), se le estropea el cuerpo hasta los vómitos, ni calla tampoco las coqueterías del jefe que se tiñe la barba rala para no parecer el hombre maduro que ya es, ni calla los cortejos de seducción que dedica, ya muy mayor, a una joven doncella. Es Bernal Díaz un hombre sin miedo a las represalias ni a la verdad, y por eso tampoco oculta la creciente soberbia de Cortés y la arrogancia de su jefe cuando regresa a España y conspira sin éxito en la corte para que el emperador Carlos V lo nombre gobernador de la Nueva España. Bernal Díaz no está ahí, porque sigue en Santiago de Guatemala, que es donde morirá en 1584, pero se dice bien informado por quienes sí estuvieron en Toledo de las ansias de poder de Cortés y de nuevas riquezas (siendo ya muy rico, como una y otra vez repite Bernal). Lo admirable es que no hay rencor ni resentimiento en ese retrato: hay voluntad de verdad testimonial, la suya, para celebrar los triunfos del jefe y a la vez sus terquedades, sus errores estratégicos, su coquetería y su crueldad innecesaria.

Aunque al añorado profesor Rico le pareciese que «manifiestamente» fue Dios quien le dio a Bernal un «enorme talento litera-

rio», fue el propio Bernal quien manifiestamente lo exhibió sin deuda divina alguna, y empujado por una legítima y consecuente voluntad de reivindicación y resarcimiento. Es justa la demanda de Bernal Díaz, pero lo verdaderamente divino es que ese impulso de reparación ante la injusticia de verse pobre y abandonado lo condujese a desarrollar una impactante y a ratos alucinante crónica con la altura y calidad literaria de esta, por precisa, por veraz, por morosa y por genuinamente vivida. Un ejemplo que vale por muchos: si dice que los indios «se llevaban» a los españoles cuando los capturaban (como le pasó a él al menos dos veces, de las que logró escaparse casi agonizante, o como le pasó a Cortés, al que sus capitanes lograron liberar muy malherido) es porque necesita puntualizar que «aunque pudieran matar a los que se llevaban vivos de nuestros soldados, no los mataban inmediatamente, sino que les hacían heridas peligrosas para que no se defendiesen y se los llevaban vivos a sacrificar a sus ídolos, e incluso primero les hacían bailar delante de Huichilobos, que era su ídolo de la guerra; y esta es la causa de que haya dicho “se los llevaron”».

El furor reivindicativo de los «verdaderos conquistadores» en ningún caso ensombrece o eclipsa la triunfal cabalgada hacia la evangelización y la reeducación integral de una sociedad, porque «desde el principio les quitamos sus ídolos y les hicimos comprender la santa doctrina», y por eso «se nos debe el premio y galardón de todo ello primero que a otras personas, aunque sean religiosos». Pero nada va como debiera en justicia, al menos más de una década después de la muerte de Cortés en 1547, y cuando ya no queda casi nadie de la primera hornada, excepto unos pocos, como él; sí, él, «digo otra vez que yo, yo, yo, tantas veces lo digo, que yo soy el más antiguo», pero «lo digo con tristeza en mi corazón, porque me veo pobre y muy viejo, y con una hija por casar, y con los hijos varones ya grandes y con barbas, y otros por criar, y no puedo ir a Castilla ante Su Majestad para manifestarle cosas convenientes para su real servicio» (y el suyo, claro).

El cierre del libro no puede ser otro que la exaltación por haber conseguido que los indios aprendan la fe y las cosas de la Iglesia, las leyes y las letras, los oficios de los conquistadores, más los que

ellos ya sabían, incluso si eso significa reconocer algunos fracasos menores, que cuenta Bernal con esa desenvoltura desarmante que lo hace tan creíble. A todo no llegaron los españoles, o los indios educados por los españoles, y por eso «solos dos oficios no han podido penetrar en ellos, aunque lo han procurado, que son el hacer vidrio y ser boticarios; pero yo los considero de tan buenos ingenios que sé que los aprenderán muy bien, porque algunos de ellos son incluso cirujanos y herbolarios». Vaya lo uno por lo otro. La mejor manera de leer estas memorias de hechos del XVI en el siglo XXI es con cuatro ojos y sin gafas: dos puestos allí y dos puestos aquí.

JORDI GRACIA